Revista EscribArte®
N° 2. Año 1. Febrero –marzo – abril- 2021 ISSN 2744-9327 (En Línea)

En tiempos de Duendes

Prunus

Álix Vargas Bermón

Un viaje de rutina

¡Blop!... ¡Blip! ¡Blop! Así hipeaba Arcag, el sapito menor de una gran familia de batracios que habitaban cerca de la laguna bajo la enorme acacia que daba sombra al bosquecillo de los grandes helechos. Este era un sendero bien conocido por Arcag, justo en la ruta que lo llevaba a la Montaña Esmeralda. Ésta era un lugar vedado a los ojos humanos, dado que el señorío de esta comarca era de los duendes poco amigables que allí habitaban. Aquellos acostumbraban a realizar asambleas para contar sus memorias durante cada luna menguante. Allí, en el filo del montículo de aquella extensa montaña, todos los duendes consejeros, viejos y menos viejos, en la penumbra de la noche y junto a las pequeñas hogueras calentaban sus vetustos huesos. De modo que, el mayor de ellos, ordenaba el conversatorio según los temas que los ocupaban: sus rutinas de labores, sus viajes, sus descubrimientos de los que hacían participes a esta honorable asamblea.

Montaña Esmeralda era la morada perfecta para esta familia de duendes, rica en plataformas y extensas cuevas, así como vertientes de agua que hacían de este lugar un espacio de exuberante naturaleza.

También, relataban otros habitantes de estos predios, los del Valle del Río Rojo que conocían la existencia de estos espíritus de la montaña, aunque ninguno había osado verlos, que, aquellos acostumbraban hacer conjuros y encantamientos en ciertos lugares y que por eso no lograban los humanos verlos; pero cuando aquellos simpatizaban con los pequeños retoños humanos, al ritmo de su flauta tocaban alegres tonadas y danzaban en torno a los chiquillos, arrancándoles alegres carcajadas y pequeños saltos, de modo que estos pequeños se extraviaban tras los músicos ocasionales, quienes los perdían por entre los troncos y helechos que poblaban el bosque en territorios de la Montaña Esmeralda.

Estos raros acontecimientos, entre humanos y duendes, no hacían posibles los acercamientos con estos espíritus del bosque; por el contrario, unos y otros resguardaban celosos sus espacios.

Los hombres, en el gran valle del río de torrentes rojizas; los duendes, en lo alto de la Montaña Esmeralda.

Otros habitantes mucho más pequeños compartían espacios cercanos, los grandes batracios. Allí, en la laguna, bajo la milenaria acacia vivía Arcag. Arcag, pequeño travieso que se las traía, puesto que tenía una gran curiosidad por algunas piezas raras que encontraba a lo largo de su ruta de juegos y trabajos. Trabajos, porque estos pequeños seres servían de montura a los lentos duendes. Arcag, llevaba a su morada pequeñas piedras relucientes, pepitas de cristal y doradas, botones y todo cuanto encontraba curioso y de entretenimiento para su laboriosa investigación. Cientos de cajas, hojas y cajitas guardaban los clasificados tesoros.

¡Blip!, ¡blop! ¡Blip! ¡Blop! Ese era el sonido gutural con el que se reconocía a Arcag, y él era la montura preferida de Prunus. El duende sólo soplaba su silbato hecho de hueso, y el imperceptible sonido era inmediatamente captado por Arcag, quien salía de la laguna sacudiéndose su granulosa piel cetrina. El duende no daba explicaciones. Arcag, como venía haciéndolo desde hacía mucho, pero mucho tiempo, ¡siempre listo! aguardaba su llamado y en completo silencio, emprendía a saltos los caminos y veredas que daban a la otra montaña, aquella que se perdía a la vista de sapos y duendes. Su instinto lo guiaba por entre las rocas y obstáculos que solía encontrar bordeando el valle y la altiplanicie, hasta la encumbrada cuesta de la montaña del viento, que en otro tiempo fue morada de las mariposas reales.

En los constantes desplazamientos por estos senderos, Arcag no podría encontrar algún tesoro, porque se distraería y hasta perdía el camino, ensimismado en intrincadas explicaciones que a veces hacía en voz alta, lo que hacía que la cara del anciano duende Prunus cambiara de un colorado a un encendido verde pálido.

Revista EscribArte®
N° 2. Año 1. Febrero –marzo – abril- 2021 ISSN 2744-9327 (En Línea)

La travesía hasta la montaña del viento en esta montura se hacía larga, puesto que los duendes siempre viajan de noche, y son felices si hay Luna; pero esta noche era bastante oscura, sólo las invocaciones de Prunus hacían aparecer los cocuyos con sus lámparas, pues las luciérnagas sólo se manifestaban en presencia de las hadas; eso solían decir las viejas comadronas en sus cuentos.

Salto allí, cuesta allá, el duende viajaba distraído en su montura, cavilando, pensando en las rocas de sal, las bayas y hierbas mágicas que debía recoger para preparar los medicamentos de los viejos duendes. También le habían encargado las plantas que masticaban los más ancianos, ya que cada una correspondía a un planeta y se recogía en la hora de ese planeta para que hiciera efecto mágico en los que habían nacido bajo el influjo de aquel astro, y en esa precisa hora, sabiduría de duendes, decían las comadronas.

Blip! Blop! Blip! Blop! Hipeaba Arcag y esta era la señal que Prunus esperaba para despertar del entresueño. Saltaba, se sacudía el roció del camino y emprendía la tarea. Estando en estos avatares, un sonido extraño lo llevó entre saltos y brincos dentro de lo que parecía una gran caverna. La curiosidad de Arcag por una roca con extrañas figuras, activó la entrada de una vieja cueva que arrastró el monte y la arena que disimulaban una profunda y hermosa gruta cubierta de ciertas rocas bien dispuestas dentro, que arrojaban luz sobre su estancia. Los ojos curiosos de Arcag lo llevaron con sus patas al pedestal de un gran libro.

Arcag saltó y saltó y, con su hipear ¡blip, blop!, no salía del asombro, mientras el duende se reponía del embeleso por el hallazgo.

Espantado por la actitud de desespero de Arcag, sólo atinó a decir: ¡No saltes! ¡No saltes sobre ese objeto, que bien podrías desatar misterios inciertos para los duendes! ¡Actúa con prudencia! Y ya repuesto del extraño evento, el duende, con cierto estupor y curiosidad exploró ese gran libro negro cuya inscripción le era desconocida. Quiso levantar la tapa de la portada, pero no pudo acceder a su contenido.

El curioso Arcag siguió moviendo objetos, buscando cuales podía introducir en su pequeño bolso de buscador…por aquí …por allá.

Prunus, por un momento olvidó su tarea de sabio curador y empezó a experimentar una gran impaciencia que lo agitaba dentro. Entendía que aquello era un objeto con secretos, y no para ¡revelarlos a cualquiera! Buscó, y buscó dentro de su mochila viajera, desató una corteza semejante a un pañuelo y extrajo una pequeña varita de roble blanco, caminó en círculos e invocó los espíritus de sus antepasados, hizo extraños ritos y pases y de repente giró hacia el extraño libro y éste se encogió hasta el tamaño de una nuez. Lo envolvió delicadamente y lo guardó dentro de sus objetos de cuidado.

Prunus, ansioso de regresar a su comunidad de hermanos sabios, nuevamente hizo pases a los cuatro vientos, creó un conjuro para ocultar nuevamente la entrada de la cueva y parsimonioso dijo en voz alta: ¡Catatum tun tun!, ¡por el poder de los cuatro vientos!, ¡por el poder del trueno y del relámpago!, ¡oculten de toda vista y presencia la entrada en la que me encuentro! Y curiosamente, todo volvió a su normalidad, como estaba todo antes de presentarse este combo de intrusos. Prunus se colgó su mochila de viajero, extrajo una ramita de Agrimonia, y antes de tocar su montura, tocó la frente de Arcag, quien pareció de momento perder la noción de tiempo y olvidó incluso todo juego con sus pequeños objetos.

¡Espliego!, no podría olvidarlo, … si recogería espliego, decía en voz baja Prunus, al llegar, invocaría con su incienso las *Xanas*, esos maravillosos espíritus de las fuentes cristalinas que protegerían su hogar y su familia del oscuro objeto que llevaba a casa.

El duende repasó mentalmente los símbolos que identificaban el libro, recordó antiguos signos druidas, sabía que escondían secretos relacionados con las plantas, por eso no debía estar en otras manos, ¡sino en las suyas! Éste, parecía de plantas mágicas. La delicada sabiduría de su medicina le había llevado toda una vida para descubrir el secreto elemental de cada planta. Esos secretos le ayudaban a curar en parte el cuerpo, en parte el alma de las ancestrales criaturas habitantes del bosque de la Montaña Esmeralda, y de vez en cuando algún humano al cual le prestara algún afecto.

Caía la hermosa cortina del atardecer, un sol dorado y teñido de ocres y rojos bordeaba la cordillera. Tomaron sus alimentos consistentes en frutos de bayas y harinas de ciertos almendros amargos, semillas de enebro y coriandro para recuperar el sueño, y bebieron del néctar de la corteza de árbol jacaratiá, pues debían descansar para retomar la larga y penosa travesía. Arcag degustaba flores de

Revista EscribArte®
N° 2. Año 1. Febrero –marzo – abril- 2021 ISSN 2744-9327 (En Línea)

cayena de un dulce color rojizo, de modo que, pronto sobrevendría el generoso *Himnos* para cubrir con un pesado sopor los párpados de los viajeros.

El nuevo amanecer

Una vez recuperadas las fuerzas, ya con la noche en sus espaldas, retomaron el viaje de regreso. Arcag, todavía bajo la hipnosis del conjuro y el sueño se dirigía a saltos lentos y pesados las pendientes de obesas lajas cubiertas de musgo. Saltó sobre los pequeños retoños de lirios azules de final de verano, abundantes en esta región de las Mariposas reales; así que, terminando la montaña, estarían llegando a territorio vedado, que no era otro que la entrada al valle de los hombres. En la penumbra de la noche, una corte de cocuyos se adelantaba para guiarles en el camino. Una vez sorteado el valle y la explanada, aparecía majestuosa la Montaña Esmeralda. Ya estaban cerca la corte de helechos, la laguna morada de la familia de batracios. Otra vez, ya avivado por el viaje y el cansancio de sobrellevar el enjuto jinete, se escuchó el hipear ¡blip! Blop! Blip! Blop! tan característico de Arcag.

El modesto sueño de Prunus se desvaneció de sus párpados. El olor a sus plantas de hierbabuena, menta, hinojo, le devolvieron a la realidad. Consciente del cansancio corporal de Arcag, lo despidió con una pequeña palmada en su cabeza, igualmente después de algunos pases mágicos con su varita de roble, no sin antes dar las gracias al conjunto de coleópteros que le habían dado luz en la oscura noche.

Después de un largo viaje

Una vez más en casa, fuera del peligro que acecha a los viajeros nocturnos, el duende deshizo su mochila viajera, retiró con cuidado cada selección de plantas, sal y bayas, y guardó su varita en el lugar acostumbrado. Justo en ese lugar de su cuarto de duende, dispuso, como en un santuario, su codiciado tesoro. El libro negro había perdido su brillo, apenas se percibían sus signos y símbolos.

Asistió con cierta parquedad Prunus a la reunión acostumbrada, puesto que era el último día de la Luna menguante. El más viejo y el más sabio de los duendes inició el conversatorio. Esa noche hubo un tema nuevo: el libro sabio y secreto de las brujas. Prunus se arrebujó como quien no tenía interés alguno en el tema, entornó los ojos y casi parecía un duende que dormía, mientras los otros componentes de la familia de duendes fruncían sus ceños y se miraban entre sí con cierto asombro. *Caellus Uranio* fijó la mirada en Prunus, sacó de su bolsa un puñado de hierba de ajenjo y aromatizó su voz ronca, lenta pero profunda, y con sabiduría, como acostumbraba, abordó el tema del secreto de las brujas. Y dijo:

—Hubo un tiempo lejano, muy lejano, cuando en la montaña ahora llamada Del viento, en una profundidad de sus laderas, vivían tres hermanas que así mismas se hacían llamar Nona, Décima y Morta. Ellas tenían poderes sobre la vida de todos los seres mortales, sabían cosas secretas sobre la luz, la vida y la muerte. Conocían los poderes de los seres elementales de la naturaleza, solían hablar en las voces de las aves, tenían poder sobre los vientres de las mujeres parturientas, por lo tanto, eran respetadas e invocadas y reverenciadas en grutas sagradas por los humanos. Cada ser de la naturaleza las servía y respetaba. El agua, el fuego, los vientos, el éter, eran elementos conocidos y manejados por esta tríada de hermanas vetustas. Algunas veces se presentaban como curiosas niñas, otras veces solían fungir de parteras en su figura normal como tres ancianas. Guardaban sus conocimientos en libros, *El libro del amor y la vida, El libro de las plantas mágicas y sagradas, El libro de los secretos de la muerte.*

Y continuó hablando:

— ¿Cómo vivían estos seres primigenios? Del éter, del aliento de los muertos. Por eso vivían cerca de la estancia de estas especies en el Valle de las mariposas, junto a la montaña de los vientos, que ustedes ya conocen. Hizo una larga pausa, carraspeó, cargó su boca nuevamente con ajenjo y continuó. —…lugar conocido por nuestro hermano Prunus, nuestro curandero. Él, hoy tiene algo muy especial que contarnos.

Entre sorprendido y malhumorado por tener que contar lo que él consideraba su secreto, perezoso carraspeó, aclaró el tono de su voz y narró en voz alta para todos, cómo la imprudencia de Arcag le había hecho caer dentro de una vieja gruta en la montaña del viento. También fue explícito en los temores frente al encuentro con el libro secreto.

Terminada la explicación, el hermano curandero fue conminado a traer el atajo con el libro ante la asamblea de duendes viejos. Pronto apareció ante los ojos asombrados un paño atado con una liana, y en su interior un libro no mayor a una nuez.

Revista EscribArte®
N° 2. Año 1. Febrero –marzo – abril- 2021 **ISSN 2744-9327** (En Línea)

Narró entonces, Caellus Uranio, cómo en un tiempo perdido ya en los recuerdos, hubo una guerra de fuerzas titánicas. Muchos de ellos quedaron encerrados en el corazón de las montañas en todas las galaxias, por las inteligencias del universo, y allí fueron confinados debido a sus excesos. Muchos de ellos revelaron secretos y se mezclaron entre humanos, instaurando el caos, consumiendo fuerzas de otros seres menores, creando de este modo un desequilibrio. Y acotó, señalando hacia la montaña del viento, ─ en ese collado quedó resguardado un libro que con el tiempo fue perdiendo sus secretos. Pero hoy, al romper los hechizos que lo contenían, produjo en la Montaña Esmeralda profundos movimientos, ¡se liberó energía destructora!

Y armado de una varita de ciprés del reconocido árbol de Plutón, Caellus convocó la más alta magia de sus ancestros, y ante los ojos aún más asombrados de todos, apareció el verdadero corazón de la roca esmeralda. Hasta allí fue llevado el libro negro de las brujas y nuevamente quedó al resguardo de los hados y bajo los conjuros de este duende sabio.

─ ¡El espíritu del orden se recobró en Montaña Esmeralda! ─Dijo nuevamente con extrema severidad, Caellus Uranio─**.** Volverán tiempos mejores, se restablecerá el equilibrio. Los seres espirituales recobrarán su serenidad y volverán los tiempos primordiales. Y continúo casi en voz baja. ─ ¡Mientras!, no debemos olvidar que no hay secretos para los conocedores de la sabiduría eterna. ¡Estamos para conservarla!

Tomó una nueva porción de ajenjo que llevó parsimonioso a su boca, sobó su larga barba mientras observaba a Prunus que dormía, cansado del viaje. Todos regresaron sobre los viejos y lentos pasos, reflexionando en las palabras de su sabio maestro***: Sólo hay secretos para aquellos que no han sido iniciados en el conocimiento de la sabiduría profunda de las cosas.***